

www.elboomeran.com

Fernando Savater

Solo integral

Ariel

Primera edición: noviembre de 2021

© 2021, Fernando Savater

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3395-3

Depósito legal: B. 16.494-2021

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Introducción</i>	15
Caca	23
Pedigrí	27
Gobernar	31
<i>Giovinezza</i>	35
Barbarie	39
Identidad	43
Maltrato	47
Nihilismo	51
Cómplices	55
El freno	59
Pavese	63
Criatura	67
Desfachatez	69
La mano	73
Perdices	77
Aun así	81
<i>Mea culpa</i>	85
Consejos	89
Don Pío	93
Toros	97
Muy tarde	101
Entierro	105
Odio	109

Risas	113
Desamor.	117
Conversos	121
Mugre	125
Circo	129
Pasmo.	133
Mal	137
Infección	141
Aliénor.	145
Drogas	149
Palabra	153
Imbéciles	157
Máster	161
Prehistoria	165
Plegarias.	169
Derrota	173
No, papá	177
Zapatos.	181
Filósofos.	185
Alarmas	189
Traidor.	193
Familia	197
Lucifera	201
Tebeos	205
Siniestros	209
Desafecto	213
Enfrentamiento.	217
Tsunami.	221
Capaz	225
Country Club.	229
Más breve.	233
Apostillas	235
Incitatus	239
Tristura	243
Arrepentimiento	247
Tiovivos	251

Voces	255
Dos frentes.....	257
Contrato	261
Trípode	265
<i>Despedida</i>	269

Caca

20 de junio de 2015

¡Pobre España, descoyuntada entre los saqueadores y los mutiladores! Sin duda necesita una regeneración política, pero no vendrá de quienes solo saben contar hasta ciento cuarenta.

Hace tiempo Bernard-Henri Lévy me contó las barbaridades que decían de él en las redes sociales. Tenía un dispositivo de aviso para cuando su nombre aparecía mencionado, a cuyo reclamo se apresuraba a comprobar descortesías e indecencias. Le aconsejé el modo infalible, aunque anticuado, con que yo me ahorraba tales disgustos: no frecuentar esa ciénaga para no sentirme nunca emporcado por las materias fecales que se arrojan a ella.

Pero ahora la cosa se ha vuelto más difícil, porque los amigos de la caca, pis y culo han salido del retrete de la Red y se los encuentra uno en todas partes, por ejemplo en los ayuntamientos. Ya sospechábamos que la huella de la zafiedad franquista y la cursilería falangista tenía que hacerse notar en un país de poca educación cívica como este: pues ahí está. Y junto a los regüeldos, ellos y ellas no dejan de mencionar la «dignidad», aunque a su lado una lombriz adquiera prestancia de dragón heráldico.

Algunos los toman por marxistas, pero la brutalidad simplificada es lo contrario de la tesis de Marx, la cual no recomienda prescindir del conocimiento para transformar el mundo, sino que lo exige como requisito para el cambio revolucionario. Lo peor —con ser malo— no es que los brutos se manifiesten antisemitas, necrófilos o feminazis, sino que sean brutos, o sea, que presenten un perfil de inconfundible estupidez como recomendación de buena voluntad para ocupar puestos de responsabilidad. No hay más que repasar las bufonescas cláusulas empleadas por muchos ediles para aceptar sus cargos: salvo el «te lo juro por Snoopy» se ha oído berrear de todo.

¡Pobre España, descoyuntada entre los saqueadores y los mutiladores! Sin duda necesita una regeneración política, pero no vendrá de quienes solo saben contar hasta ciento cuarenta.

COL TEMPO...

Lo que más me preocupa al leer esta columna de hace ya seis años, o sea, de las de mi primera hornada, es que el diagnóstico que entonces avanzaba sobre el país y los desaprensivos o imbéciles que lo desuellan de sus mejores cualidades en aquel momento parecía un exabrupto catastrofista y hoy ha perdido interés porque es simplemente un tópico comúnmente aceptado. Noten que cuando escribí el texto que comento aún no existía la «terrible amenaza» de Vox que hoy carga con el sambenito de ser la peor de las sombras sobre nuestra democracia. Precisamente la «caca» de la que hablo es el abono del que surgió Vox, como reacción extremista a una indecencia generalizada con pretensiones revolucionarias. No me oirán elogiar los remedios preconizados por Vox a los males de la patria, sobre todo porque en línea nacionalista e intransigente se parecen demasiado a esos males que pretende extirpar. Pero tampoco voy a suscribir el dicta-

men del sentido común de los «progres» que carecen de él por el que convierten a Vox en el Coco que nos debe asustar, mientras disimulan bajo la alfombra la caca que fingien no oler. Recuperar la dignidad no es invocarla a troche y moche, mientras se la olvida y pisotea (la de las víctimas del terrorismo que deben soportar homenajes públicos a sus verdugos, la de los estudiantes demócratas, y por tanto antiseparatistas, de la universidad catalana hostigados por su compañeros [?] y por sus autoridades académicas, la de partidos y movimientos políticos que padecen agresiones y eschaches cuando tratan de manifestar sus puntos de vista, la de medios de comunicación de titularidad pública dedicados a la desinformación más sectaria y a predicar contra personas o instituciones molestas para el Gobierno, la de las más altas jerarquías gubernamentales sometidas aquiescentemente al chantaje de sus indeseables apoyos electorales, etc.), sino encarnarla en la práctica cívica de cada día. Eso es lo que echo de menos, y desde la desaparición (por falta de apoyo de los electores) de UPyD y la decadencia irreprimible de C's, todavía mucho más. Si en estas páginas suena a veces un lamento es por el civismo arrinconado y el populismo político corruptor, no por otra cosa.

Pedigrí

18 de julio de 2015

«¡Familias, os odio!», decía André Gide para seducir a los jóvenes. Pues con Pablo Iglesias lo tendría crudo.

Cuenta Amartya Sen que un fascista hablaba con un campesino italiano tratando de reclutarle para el partido. El buen hombre se excusaba, humilde: «Mire, es que mi padre fue socialista, como mi tío, como mi abuelo... De modo que debo ser socialista yo también». «¡Qué absurdo! —se indignaba el fascista—. Y si tu padre fuese un ladrón y tu abuelo un asesino, ¿qué tendrías que ser tú?» «¡Entonces sí! —dijo radiante el campesino—, ¡entonces con mucho gusto me afiliaría al partido fascista!»

También Pablo Iglesias blasona de que su tío abuelo, su abuelo, sus padres, todos fueron socialistas o comunistas y padecieron persecución por ello. De modo que él «lleva la izquierda tatuada en las entrañas con orgullo», que ya es llevar. Conozco ganadores del Derby con menos pedigrí. En nuestros tiempos de olvido o desdén de los valores familiares es bueno saber que aún hay jóvenes fieles a la tradición. Dijo Josep Pla que en este mundo podrido (el suyo, el nuestro; cualquiera) solo hay tres cosas de pureza conmovedora: la

pasta *asciutta*, el vino de Riesling y el amor filial. Iglesias tiene este último flanco bien cubierto.

Sin embargo, algo de razón llevaba el reclutador fascista: aceptar la transmisión genética de la ideología política no parece de riesgos. ¿Diremos que si Pablo hubiese nacido en una familia de radicales islámicos ahora correría alfanje en mano tras los cristianos que se pusieran a su alcance? ¿Entiende ese joven tan prometedor que sus adversarios son todos de estirpe franquista y llevan por tanto el derechismo incorporado de fábrica? ¿Volvemos a la limpieza de sangre y a la hidalguía de cuna, tan españolas?

«¡Familias, os odio!», decía André Gide para seducir a los jóvenes. Pues con Pablo Iglesias lo tendría crudo.

COL TEMPO...

Esta fue una de las primeras columnas que publiqué. En cierto sentido, fue una especie de declaración de intenciones y también de estilo. En cuanto a este último, una amiga muy querida lo llama «estilo cowboy», lo cual, naturalmente, me halaga: cierta agresividad bienhumorada, ironía; en fin, más que un estilo, un estilete. Pero también declaraba mi intención de desmitificar ese desembarco invasor de una izquierda glamurosa, nutrida con guacamayos y arepas recién importadas del parloteo bolivariano, algo así como el realismo mágico de García Márquez aplicado al progresismo. A quienes conocemos bastante los países hispanoamericanos y sus debates es más difícil hechizarnos con estos embelecos populistas, pero en el resto de España el embrujo funcionó de manera sonrojante. Aún ahora continúa dando coletazos, pero ya fuera del agua y a punto de pasar a la cesta del pescador. Su representante más esclarecido ha sido sin duda Pablo Iglesias, que tiene una notable habilidad para moverse en el mundo audiovisual y domina el arte de hablar con eslóganes —hoy tuits— y disimular su falta de bagaje

teórico con dogmas sonoros. Pero sobre todo, en la época en que escribí la columna, se esforzaba por asegurarse un pedigrí que se remontara al cielo republicano y la santísima gloria anterior a la victoria franquista. Ese autobombo interesado duró hasta ser abatido certeramente por Cayetana Álvarez de Toledo cuando le recordó que provenía filialmente de un terrorista del FRAP, organización dedicada a cometer crímenes para obstaculizar la implantación de la democracia y no para emancipar a los explotados. Esa filiación le hacía simpatizar más con los proetarras en una *herri-ko* taberna que unirse a quienes con riesgo personal nos manifestábamos contra los violentos en el País Vasco. O apoyar regímenes como el chavismo o el castrismo cuya implantación en España hubiera horrorizado a la mayoría de los millones de tontos —sí, tontos, lo siento— que le votaron en sus primeras apariciones electorales. En fin, como aperitivo de lo que iba a venir luego, la columna no está mal, ¿verdad?